

SEZIONE 3

Atti del XXI Congresso Internazionale
di Linguistica e Filologia Romanza

Centro di studi filologici e linguistici siciliani
Università di Palermo 18-24 settembre 1995

a cura di Giovanni Ruffino

Lessicologia e semantica delle lingue romanze

~~3671 / III / II~~

2646 / III / ar

Max Niemeyer Verlag
Tübingen 1998



Langages 98 (1990) (M.-F. Mortureux éd.), 'L'hyponymie et l'hyperonymie'.
Langue Française 101 (1994) (R. Landheer éd.), 'Les figures de rhétorique et leur ac-
tualité en linguistique'.

- MARTIN, R. (1992), *Pour une logique du sens*, PUF, Paris.
MOLINIÉ, G. (1992), *Dictionnaire de rhétorique*, PUF, Paris.
POTTIER, B. (1992), *Sémantique générale*, PUF, Paris.
RASTIER, F. (1987), *Sémantique interprétative*, PUF, Paris.
RASTIER, F. (1989), *Sens et textualité*, Hachette, Paris.
RASTIER, F. (1991), *Sémantique et recherches cognitives*, PUF, Paris.
RUHL, Ch. (1989), *On Monosemy. A Study in Linguistic Semantics*, State University of
New York Press, Albany.
TUȚESCU, M. (à paraître), 'Paradoxe, univers de croyance et pertinence argumentative',
in: R. Landheer & P.J. Smith (éds).

Este, ese y aquel en posición determinativa

Eva Lavric (Wien)

Esta contribución sobre los demostrativos pronominales españoles se propone ante todo *destruir un mito*: el mito, bien establecido y muy repetido en la hispanística, que pone en relación los tres demostrativos españoles con *las tres personas gramaticales*. No soy yo la primera en destruir este mito, pero lo que sí pretendo es remplazarlo por los hechos que se desprenden del análisis de un amplio corpus, es decir, sustituirlo por una visión menos esquemática, menos sencilla, pero más diferenciada y más realista de las funciones demostrativas, distinguiendo entre usos obligatorios y facultativos de cada uno de los miembros del famoso paradigma tripartito *este, ese y aquel*.

Sin poder resumir aquí la teoría entera de los demostrativos, cabe recordar que estos últimos despliegan su *función semántica* en dos campos principales: el de la deixis situacional y el, no menos importante, de la deixis intratextual (foricidad textual) con los dos aspectos: anáfora y catáfora. En cada uno de estos contextos, el demostrativo señala un referente conocido de los interlocutores, consabido por el hablante y el oyente, presente manifiestamente en el compartido 'universo del discurso'. En el caso de la anáfora, por ejemplo, el referente ha de ser explícitamente pre-mencionado (*un perro* → *este animal*) para permitir el uso de un demostrativo -al contrario de lo que sucede en la anáfora asociativa o implicativa (*un perro* → *el año* pero *un perro* → **este año*).

Entre los varios autores que estudian el uso de los demostrativos españoles, *Aseñjo Orive 1990* es quizás la más reciente en repetir el mito de las tres personas gramaticales; proponiendo al mismo tiempo otra repartición alternativa: *este: yo y tu* versus *ese y aquel: él*. Esta reinterpretación surge visiblemente de cierto malestar con la teoría tradicional, hasta en los casos de deixis situacional. Sin embargo, no resulta más convincente esa nueva teoría para dar cuenta del uso de los demostrativos en la anáfora textual.

Dejando de lado este último problema, *Hottenroth 1982* se dedica a estudiar la oposición de los demostrativos nada más que en los contextos deícticos. Bien lejos de estar relacionados con *yo, tu y él*, los demostrativos según Hottenroth ni siquiera denotan unas diferencias objetivas de cercanía o lejanía: «...there is no objective local information available in the demonstratives» (p.142).

Sí se refieren a un origen, que es el hablante, pero la lejanía o cercanía indica da por cada uno de ellos es una lejanía o cercanía relativa, que se mide sólo en comparación con las esferas de las demás formas del paradigma:

«...each demonstrative is negatively defined with respect to the two others. [...] The regions of *este* and *aquí*, of *ese* and *ahí*, and of *aquel* and *allí* are taken to form concentric circles around the ego.» (p.143)

«...the choice of demonstratives says more about the speaker's attitude toward the spatial relations around him than about any objective local information; for by referring to an object or place with *este* or *aquí* the speaker says in some way that he has placed no boundary between himself and the object or place referred to. [...] By referring to an object or place with *ese* or *ahí* the speaker places a boundary between himself and the entity or place referred to.» (p.147)

Quedan por ver los estudios que tratan del uso de *este*, *ese* y *aquel* en la anáfora textual en los textos escritos. Son dos los que se han dedicado recientemente a este tema, los dos basados en el análisis de amplios corpus empíricos, lo que les respalda para apartarse totalmente de la teoría tradicional. Así, no es de extrañar que *De Kock 1988* llegue hasta negar rotundamente la existencia de una oposición cualquiera entre los tres demostrativos:

«Salvo en algunos ejemplos en los que *aquel* se opone a *este*,

este, *ese* y *aquel* no aparecen de costumbre agrupados, relacionados o confrontados en ninguna unidad sintáctica o semántica, sino que surgen dispersos, es decir, independientes unos de otros.» (p. 423)

«Nada permite atribuir a los pasajes con *ese* una interpretación diferente de la que exigen los pasajes donde hay *este*. En el corpus el empleo [...] de *ese* parece ser accidental.» (p. 417)

«El alejamiento mayor o menor de un referente o de un referido, sea cual sea el criterio, no interviene en la elección de la forma demostrativa.» (p. 420)

¡Qué maravilloso destructor de mitos! Su posición sí se explica, teniendo en cuenta que se ha limitado al análisis de un corpus escrito y por lo tanto principalmente de los usos anafóricos.

En este mismo campo, sin embargo, y tras el caos dejado por el fracaso empírico de la teoría de las personas gramaticales, *Dietrick 1988(1989)* ya trata de descubrir un nuevo orden. Pone de relieve la importancia del criterio de la afectividad y de los varios usos estilístico-enfáticos (aunque no relaciona estos últimos con determinados demostrativos), y sobre todo introduce una diferenciación según el tipo de texto y según el estilo personal de cada autor: sólo en los mejores textos literarios y periodísticos realmente se utilizan los tres términos del paradigma; en la mayoría de los textos, se usa un paradigma bipartito, siendo *aquel*, y a veces *ese*, los elementos que se suelen suprimir.

Estos resultados de Dietrick vienen confirmados plenamente por el análisis de mi propio corpus: hasta encontré autores con una predilección marcada -al menos en los usos facultativos- por uno sólo de los tres demostrativos, sea *este*, sea también *ese* e incluso, en un texto, *aquel*.

El método que uso en mi análisis permite distinguir las elecciones que se deben a preferencias estilísticas personales de los contextos con uso obligatorio de cierta forma de demostrativo. En mi estudio empírico de la determinación¹, además de la constatación de la presencia o ausencia de un determinado demostrativo en un determinado texto, traté precisamente de establecer las diferentes posibilidades de empleo de los determinantes en un contexto dado y distinguir así entre usos obligatorios de cada una de las formas y usos facultativos (con posibilidad de escoger uno u otro elemento del paradigma).

El método empleado a este efecto consiste en nada más que unas *pruebas de conmutación*, evaluadas según el principio de la sinonimia contextual. Es decir: si en una frase de un texto me encuentro con cierto determinante (p.ej. el demostrativo *este*), pruebo a insertar en el mismo contexto los demás demostrativos -y dicho sea de paso, los demás determinantes en general-, observando si este procedimiento conlleva algún cambio sea en el sentido sea en la aceptabilidad de la frase. Sólo en aquellos casos en los que ni surgen problemas de aceptabilidad ni me encuentro con un sentido diferente al inicial, hablo de conmutabilidad de dos (o más) determinantes. Un ejemplo:

- 1) Comencé a disfrutar de la felicidad que supone dedicarse a la profesión que a uno le gusta a *aquella* profesión que a uno le gusta
 *a *esta* profesión que a uno le gusta
 *a *esa* profesión que a uno le gusta
 (Huber / Perrin / Pachtod: Dt.-frz. Übersetzungen, Viena 1973, p. 180, trad. A. Borda;
 el énfasis en todos los ejemplos es mío)

En este ejemplo, el artículo determinativo *la* y el demostrativo *aquella* son perfectamente intercambiables, ya que la frase es tan aceptable con uno como con el otro, y ninguno de los dos determinantes conlleva un matiz semántico diferente. Insertar *esta* en el mismo contexto significaría, al contrario, sugerir que la profesión ya haya sido mencionada y cambiar además el estatus de la oración de relativo, que de restrictiva se volvería positiva. Insertar *esa* no conllevaría tantos problemas de aceptabilidad y cambio de sentido, pero sí aportaría un fuerte matiz estilístico enfático que no está nada presente en la frase original.

Este método consiste pues en completar la pregunta habitual: ¿cuál es el determinante presente en tal contexto? con la pregunta adicional: ¿cuáles son los determinantes que *habrían podido usarse en el mismo contexto con el mismo efecto semántico*? Respecto a los demostrativos, esta nueva pregunta permite distinguir los casos con empleo obligatorio de cierto demostrativo de aquellos casos en los que el autor tenía la posibilidad de escoger entre dos o quizá tres demostrativos diferentes. Sólo en estos últimos casos tiene sentido hablar de un uso idiosincrático relacionado con el estilo personal de cada autor. Y sobre todo, este método permite estudiar el sistema de los demostrativos independientemente de las preferencias idiosincráticas y describir -sin recurrir al mito de las tres personas gramaticales- la verdadera diferencia entre las formas *este*, *ese* y *aquel*.

La primera constatación empírica acerca de esta diferencia es ésta: son muy pocos los ejemplos en los que los demostrativos de veras se oponen entre sí. Existe sí un tipo de contextos donde realmente hay oposición entre las tres formas: son los *contextos de contraste*. Pero incluso en tales contextos, ni en mi corpus ni en la literatura pude hallar un ejemplo con un contraste entre los tres términos. Por regla general, los contrastes se dan entre dos términos, de los que sólo uno suele llevar demostrativo² - al menos eso es lo que ocurre en los varios ejemplos de contraste de mi propio corpus. Las conmutaciones, sin embargo, enseñan que

de la misma manera habrían podido usarse dos demostrativos, como pasa por ejemplo en el n° 5, encontrado en la literatura:

- 4) Una luz celestial inunda *este* lado / y una luz celestial inunda *el otro* lado.
este lado.....*ese* lado
este lado.....*aque*l lado
ese lado.....*aque*l lado
 (Atp: Logbuch, Paris 1983, pp.36-37, trad. Á. Borda)
- 5) *Aquel* ventanal, la escalera, *esta* chimenea...; todo esto, tal como está y donde está, yo lo había visto ya antes...Y *aque*l reloj... también. Y en *este* sofá...
 (Jardiel Poncela: Eloísa está debajo de un almendro, cit. en Fernández Jardón-Vindel 1983:192)

De estos ejemplos se desprende que el contraste puede ser entre *este* y *aque*l, pero también entre *este* y *ese* o entre *ese* y *aque*l. Cualquiera de los pares vale, siempre cuando se respete el orden de los tres demostrativos: 1° *este*, 2° *ese*, 3° *aque*l -lo que sí confirma la existencia y relevancia de tal orden para la descripción semántica de los demostrativos (véase arriba, la teoría de los círculos concéntricos de Hottenroth 1982)³.

Fuera de los (raros) contextos de contraste, sin embargo, no resulta trascendente la oposición o gradación entre las tres formas del demostrativo. *Cada forma dispone más bien de sus nichos*, es decir, ciertos tipos de contextos que sencillamente no admiten los demás demostrativos⁴. En el estudio de estos nichos, empezaremos por *el demostrativo de lejanía aque*l: Acabamos de ver en la presentación del método de la conmutación (n° 1) un ejemplo en el que *aque*l no conmuta con los demás demostrativos. He aquí tres ejemplos más, todos del mismo tipo:

- 7) Sólo se conocen bien *aque*llas cosas que se domestican -dijo el zorro-
 (Saint-Exupéry: El principito, trad. Possamay, s.l. 1985, p.73)
- 8) ...el español es todavía humano, posee todavía *aque*llos caracteres cuya pérdida empieza a deplorarse en otros países.
 (Torrente Ballester: España, Bilbao s.a., p.20)
- 9) *Aque*llas personas que teniendo derecho a la sucesión en el trono contrajeren matrimonio contra la expresa prohibición del Rey y de las Cortes Generales, quedarán excluidas en la sucesión a la Corona por sí y sus descendientes.
 (Constitución Española 1978, Madrid 1979, p.47)

Ya se nota que el uso de *aque*l en estos ejemplos se debe a la presencia de una oración de relativo restrictiva, y que la función de *aque*l consiste precisamente en *anunciar esta oración de relativo restrictiva*. Esta función no la puede asumir ningún otro demostrativo; es un nicho auténtico del demostrativo *aque*l. Al contrario, cuando delante de una oración de relativo encontramos el demostrativo de cercanía *este*, es un signo de que se trata de una oración de relativo apositiva⁵:

- 10) ...que Malina estaba realmente en Viena y yo me lo perdía para siempre en *esta* ciudad, donde tantas posibilidades tenía de encontrarlo.
 (Bachmann: Malina, trad. Solar, Madrid 1986, p.23)

El demostrativo *aque*l, siendo la forma más rara y por tanto más marcada del paradigma, tiene también otro nicho, en el que no se trata más que de conseguir un *efecto estilístico enfático*. El efecto buscado puede ser de distanciamiento -ej. (11)- o ironía (en el sentido de *aque*l extraño), pero también de anhelo -ej. (12)-, de cariño -ej. (13)- o intimidad (*aque*l querido) y, no por último, también de notoriedad -ej. (14).

- 11) Decidió que después de la comida se iría donde Leo para escapar hasta la hora de dormir de *aque*llas caras malhumoradas.
 (Innerhofer: Schöne Tage, Frankfurt 1977, p.103, trad. Á. Borda)
- 12) ...no conseguía quitarme de la cabeza las peras que me había comido en agosto y septiembre en la tienda n° 92 del camping de Thunau, pero nunca más volví allá ni entré en *aque*lla tienda ni me comí *aque*llas peras...
 (Walsler, op.cit., pp.271-272)
- 13) El doctor miró *aque*l rostro vuelto hacia él a la luz de la lámpara de cabecera.
 (Camus: La peste, trad. Chacel, Barcelona 1977, pp.13-14)
- 14) ...y hacía bromas como los demás cuando contaban la divertida y escabrosa historia entre Malina y Frau Jordan. Hoy día sé que Malina jamás 'tuvo' nada con *aque*lla Frau Jordan, como aquí se afirma...
 (Bachmann, op.cit., p.23)

Lo que los une a todos estos casos es el hecho de que en realidad no hace falta un demostrativo para la identificación del referente. Podría muy bien usarse el artículo *el*. Pero el demostrativo añade cierto matiz emocional, connotativo, que no se hallaría en la versión con artículo determinativo. Y para la mayoría de estos efectos (menos quizá el peyorativo), sólo se puede usar *aque*l, el demostrativo de lejanía.

Cuando se trata de estudiar *los nichos específicos del demostrativo intermedio, ese*, seguimos en el mismo dominio de los *efectos estilístico-connotativos*. Primero tenemos el bien conocido *matiz peyorativo*, que no es tanto un matiz semántico de uso como una afinidad de combinación con ciertos sustantivos de valor peyorativo. Es decir que el contenido peyorativo reside más bien en el sentido del sustantivo que en el demostrativo *ese*, teniendo este último sencillamente una tendencia a usarse más que *este* o *aque*l con este tipo de sustantivos:

- 15) ¡Ah! no -dijo el pontero- estoy al acecho y *esos* cochinos no se atreven.
 (Camus, op.cit., p.15)

Segundo, hay cierto *matiz estilístico* que se aplica a unos referentes nuevos, desconocidos, y que el autor quiere llevar a la mente del lector de un modo particularmente sugestivo y visual, casi *paintoresco* - algo como la ficción de una ostensión deíctica:

- 16) ...cuando se anda con la cámara hay como el deber de estar atento, de no perder *ese* brusco y delicioso rebote de un rayo de sol en una vieja piedra...
 (Cortázar: Las armas secretas, Barcelona 1988, p.60)

Y tercero, tenemos, en el dominio de *ese* también, otro fenómeno parecido, bastante interesante, del que he aquí una serie de ejemplos:

17) Pero de tonto sólo tengo la suerte, y sé que si me voy, esta Rémington se quedará petrificada sobre la mesa con *ese* aire de doblemente quietas que tienen las cosas móviles cuando no se mueven.

(ibid., p.57)

18) La Rosario se sonreía con su sonrisa de siempre, *esa* sonrisa triste y como abatida que tienen todos los desgraciados de buen fondo.

(Cela: La familia de Pascual Duarte, Madrid 1942, pp.165-166)

19) Dos días más tarde, a *esa* hora de la tarde en la que debe uno decidirse a encender la luz o cerrar los ojos, se me ocurrió anudarme al cuello el cinturón de seda negra de mi bata.

(Walsler, op.cit., p.272)

Todos estos ejemplos tienen una oración de relativo y un demostrativo que sin embargo no es *aquel*, sino *ese*?; aunque a decir verdad no cuadra con la teoría general el uso de un demostrativo en semejantes contextos, dado que el demostrativo indica, como hemos señalado en la introducción, un referente conocido, consabido, presente manifiestamente en el universo del discurso. Y aquí en los ejemplos arriba citados no tenemos nada conocido o presente ni en la situación ni en el contexto. Se trata sencillamente de «hechos aplicables al orden universal que experimentan todos los seres humanos» (Dietrick (1988)(1989).111); son fenómenos consabidos únicamente porque el locutor asume que todos los seres humanos los experimentan así, de una manera parecida. Ponerlos de relieve en este tipo de construcción, con oración de relativo y demostrativo *ese*, les confiere un valor enfático especial, algo como una aureola. Por eso propondría yo que se bautizara esta construcción '*efecto halo*'. Y este '*efecto halo*' constituye, junto con los empleos peyorativo y pintoresco, el único nicho importante del demostrativo intermedio *ese*.

Más nichos y de mucha más trascendencia tenemos, hay que admitirlo, cuando nos dedicamos al estudio del demostrativo de cercanía *este*. El primer nicho que hay que mencionar, al igual que los nichos de *ese*, no es más que un valor enfático especial: es el bien conocido uso exclamativo⁹:

22) -¡A pesar de saber que de pequeño cayó dentro de una marmita llena de poción, *es-te* chiquillo me sorprenderá siempre!

(Uderzo / Gosciny: op. cit., p. 20)

El segundo nicho de *este* también es pequeño, pero ya no se trata de un simple efecto estilístico, sino de una función muy específica en el ámbito de la deixis textual: me estoy refiriendo a la catáfora⁹:

23) Ahora bien, la humanidad lleva más de un siglo cometiendo *este* inexpliable crimen: forzar a millones de seres a ejercer una profesión que no les acaba de gustar, a la que en el mejor de los casos se acostumbra.

(Huber / Perrin / Pachod, op. cit., p. 180)

Con la catáfora se acaban los nichos pequeños, y llegamos por fin a las funciones principales de los demostrativos, es decir, la deixis y la anáfora. Son los usos

más frecuentes, y en estos campos muy centrales, en vez de simples nichos individuales, sí que tenemos competencia entre varios demostrativos.

Pero no es tan grande esta competencia como se podría pensar, al menos en el ámbito de la deixis situacional. En efecto, según la teoría de Hottenroth 1982 sobre la estructuración del espacio en tres áreas concéntricas por parte de los demostrativos, parece que las tres formas tendrían que tener una importancia comparable en el campo de la deixis espacial. Eso, sin embargo, no es nada cierto en la realidad de los textos; ya que son muy pocos los contextos deícticos en los que se usa o siquiera se admite (como conmutación) otro demostrativo que el simple *este*¹⁰. De hecho, aunque sea algo sorprendente, en el ochenta y cinco por ciento de los casos de deixis situacional espacial, se usa y se admite exclusivamente el demostrativo de cercanía. ¡De tal modo que casi podríamos hablar de otro nicho más que *le corresponde a este*!

Al contrario de los escasos ejemplos deícticos con *ese* o *aquel*, son tan numerosos los ejemplos de deixis mediante *este*, que sólo se puede dar aquí una selección muy restringida -una selección con la que quisiera ilustrar la gran diversidad que se da en el ámbito de la deixis situacional, incluso en un corpus escrito como el mío: desde la ostensión muy concreta (25) o más bien vaga (26) hasta la ostensión metatextual (29), pasando por la referencia a una ficticia situación de producción (27) o de recepción (28):

25) En una ocasión me llamó, me enseñó una carta dentro de un sobre abierto [...] dirigido a don Joaquín Barrera López, en Mérida. y me dijo [...]:
-Cuando me lleven, coge usted *esta* carta, arregla un poco *este* montón de papeles, y se lo da todo a *este* señor. ¿Me entiende?

Cela, op.cit., p.188)

26) El doctor lo acompañó hasta la puerta:

-Le agradezco a usted que tome así las cosas.

Rambert pareció impacientarse:

-Sí -dijo-, yo le comprendo, perdone usted *esta* molestia.

(Camus, op.cit., p.17)

27) sé que si me voy, *esta* Rémington se quedará petrificada sobre la mesa...

(Cortázar, op.cit., p.57; para el contexto más amplio, véase ej. 17)

28) De nuevo arribará *esta* misma página a tus manos iguales...

(Borges: Historia de la eternidad, Buenos Aires 3,1965, p.75)

29) El habla coloquial está plagado de expresiones como 'baby-sitting', 'parking', 'dancing', 'speakerine'; [...] La policía combate a los 'kidnappers' y 'rackets'. El 'week-end' se ha convertido en una institución nacional. [...] No cabe duda de que la atracción ejercida por *estas* palabras obedece a cierto esnobismo...

(Huber / Perrin / Pachod, op. cit., p.22)

Un caso especial bastante frecuente consiste en la referencia a un producto (30) o una imagen (31) que acompañan al texto, así como la referencia al contenido de este texto (32), a su título (33), a su soporte físico (34) y no por último a este texto mismo (35).

- 30) *Este* producto ha salido de nuestra empresa en perfectas condiciones. Si el contenido de *este* paquete fuera objeto de reclamación, les rogamos nos remita el paquete original...
(Embalaje de un paquete de copos de maíz Kellogg's, Austria 1985, trad. Á. Borda)
- 31) Un magnífico paisaje rodea *esta* casa construida siguiendo la vieja tradición de muros de entramado sobre fundamentos de piedra
(+ foto; *la casa no se ha mencionado antes*)
(Votre maison n° 224, trad. Á. Borda)
- 32) Algunos de los héroes galos:
Astérix, el héroe de *estas* aventuras. [...] Obélix...
(Uderzo / Goscinny, op.cit., p.1)
- 33) Autolimpieza
Es aconsejable realizar *esta* operación después de cada uso.
(Plancha de vapor SOLAC 777-789-792. Instrucciones de uso, Vitoria 1992)
- 34) Los artículos reunidos en *este* volumen son el resultado de...
[...] Los primeros artículos de *este* volumen tratan...
Como conclusión de *este* volumen me he permitido presentar un breve artículo...
(Caudmont: Sprachen in Kontakt, Tübingen 1982, pp. V-VI, trad. Á. Borda)
- 35) No quisiera terminar *esta* breve introducción sin expresar... (ibid., p. VI)

La deixis metatextual, tal como se presenta en el ejemplo 35, nos lleva ya a la bastante parecida *anáfora textual*!! Existe, sin embargo, una diferencia importante: En la deixis metatextual, sólo vale el demostrativo *este*; en la *anáfora textual*, resulta posible, en general, emplear varios demostrativos diferentes. Así que con la segunda de las funciones centrales de los demostrativos, estamos por fin llegando decididamente a un ámbito donde *no* se puede decir que haya sólo un demostrativo que predomine. No obstante, tampoco es cierto (salvo en los rarísimos contextos de contraste) que haya algo parecido a una oposición entre las formas *este*, *ese* y *aquel*; en eso tiene totalmente razón De Kock 1988 (véase arriba). De hecho, en la *anáfora*, *los tres demostrativos* no se oponen: lo que pasa en realidad es que *compiten entre sí*.

En mi corpus tengo varios ejemplos anafóricos con cada uno de los tres demostrativos; y el método de la conmutación permite además comprobar que son éstos los contextos en los que típicamente encontramos dos o tres formas de demostrativos perfectamente intercambiables - mucho más que en las demás funciones demostrativas.

Antes de dar una serie de ejemplos anafóricos, me toca confesar una perplejidad que en vano traté de resolver, lo que en sí ya puede constituir un aspecto interesante: Aunque existen ejemplos anafóricos con cada uno de los tres demostrativos, y aunque la *anáfora* constituye el sitio privilegiado de la competencia entre las tres formas, falta mucho para que todos los contextos anafóricos admitan de igual manera *este*, *ese* y *aquel*.

Los ejemplos anafóricos se dividen en tres grupos principales, según las conmutaciones posibles: primero, el tipo que admite la conmutación de *este*, *ese* y

aquel, sea cual sea el demostrativo presente en el texto original; segundo, el tipo que permite la conmutación de *este* y *ese*, excluyendo sólo el demostrativo de lejanía; y tercero, el tipo que lleva *este* en el texto original, sin que esta forma pueda intercambiarse con ninguna de las dos alternativas.

Son muchas las hipótesis que formé para dar cuenta de estas divergencias: tipo de texto, estilo, forma del antecedente... Ninguna de ellas resultó contundente. Hasta llegué a dudar de mis informantes hispanohablantes. El lector podrá comprobar por sí mismo si coincide con su criterio; aunque haya que admitir que incluso una divergencia sobre algún que otro contexto no basta para poner en duda la existencia de los tres tipos fundamentales, que están representados en mi corpus por docenas de ejemplos. Sencillamente no he encontrado todavía la clave de estas diferencias de conmutación, que ojalá aclaren algún día investigaciones ulteriores. Así que no me queda más remedio que presentar ejemplos anafóricos de cada uno de los tres tipos, asegurando que realmente se reparten igualmente en toda clase de *anáfora*.

Estas clases no resultan menos diversas que los varios tipos de deixis arriba ilustrados; según la relación entre antecedente y elemento anafórico, es posible distinguir:

- La *anáfora idéntica*, es decir, la repetición del mismo sustantivo o sintagma nominal, sin alteración alguna salvo en el determinante (este grupo viene dominado por el tipo *este / ese / aquel*):

37) En el haikú [...] es cuestión de [...] obrar sobre la raíz misma *del sentido*, para lograr que *este sentido* no huya...

ese / aquel sentido

(Barthes: El imperio de los signos, trad. García Ortega, Madrid 1991, p.101)

- La *anáfora hiperonímica*, en la que el elemento anafórico es un hiperónimo del antecedente:

38) Se ruega envíe dos ejemplares de su factura, junto con los cupones de la carta de crédito, al club indicado por el AIT en el país en el que se utilizaron los cupones. *Esta organización* se compromete a abonar su factura lo antes posible.
(Carta de crédito ÖAMTC, Viena s.a.)

- Un caso intermedio entre los últimos dos, y bastante frecuente, sería el de un SN complejo, con atributo adjetival o nominal, que pierde este complemento y se repite mediante el simple núcleo sustantival:

39) Cuando se nos dice que fue *el ruido de la rana* lo que despertó a Bashó a la verdad del Zen, se puede entender [...] que Bashó descubrió en *ese ruido* [...] un final del lenguaje...
en *este / aquel* ruido

(Barthes, op.cit., p.99)

40) La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con *una rata muerta* en medio del rellano de la escalera. [...] cuando llegó a la calle, se le ocurrió la idea de que *aquella rata* no debía quedar allí...
esta / esa rata

(Camus, op.cit., p.13)

- La *anáfora* cuyo antecedente consiste en una predicación, sea una frase verbal o sea un adjetivo predicativo:

41) ...el toro sin cozer, sin dominar, está incierto, receloso, [...] e instintivamente se defiende, y esta defensa es siempre para el torero ardua de vencer...
esa defensa

(Díaz-Cañabate: El mundo de los toros, León 1971, p.144)
42) *Tan brillante como ellos era yo a su edad; menos mal que esta brillantez me ha abandonado.*

aquella brillantez
(Henschelmann: Technik d. Übers. frz.-dt., Heidelberg 1980, p. 63, trad. Á. Borda)
- La anáfora con una frase entera y hasta un pasaje entero como antecedente; es una forma muy frecuente (y quizás tenga una afinidad con la alternancia *este / ese*):

43) *Kant no abandonó nunca su ciudad natal; menos mal que no convirtió este hecho en un imperativo categórico.*
ese / aquel hecho
(Huber / Perrin / Pachod, op.cit., p.88)

44) *El calor [...] ya no volverá a la forma de luz. Esa comprobación, de aspecto inofensivo o insípido, anula el 'laberinto circular' del Eterno Retorno.*
Esa comprobación
(Borges, op.cit., p.88)

- La anáfora metalingüística, que se confunde más o menos con la deixis metatextual (pero existen ejemplos con *este / ese* y otros sólo con *este*):

45) '*...yo jamás desmentí que las vicinidades de la materia fueran cuantiosas; yo he declarado solamente que no eran infinitas.*' *Esa verosímil contextación de Friedrich Zarathustra...*
Esa verosímil contextación
(Borges, op.cit., p.77)

- Y por fin un tipo muy especial, que se aprovecha de la correferencia anafórica para introducir una predicación completamente nueva e inesperada sobre el referente (según el esquema: *un X → este Y*, en el sentido de *un X → este X, que es un Y*). En este grupo, los límites con la anáfora hiperonímica y la anáfora de antecedente complejo quedan abiertos (pero resulta interesante notar que los ejemplos más patentes corresponden casi todos al tipo *este / ese*):

46) Del 20 de abril al 12 de octubre. *la Exposición Universal Sevilla 92 será el mayor encuentro del siglo. Nadie puede faltar a esta cita con la ciencia y la historia, la tecnología y la naturaleza, la cultura y el espectáculo.*
esa cita con...
(Folleto de la exposición universal, Sevilla 1992)

Tras haber ilustrado así la diversidad de la anáfora, me quedan por señalar las consecuencias de la intercambiabilidad y competencia entre los tres demostrativos en dicho ámbito. De este hecho se desprende que la anáfora es el campo don- de la elección de cierto demostrativo por parte de un autor más depende de sus preferencias estilísticas idiosincráticas (tales como se estudian en Dietrick 1988(1989), véase arriba). Y este mismo hecho significa también que es allí, en los contextos anafóricos, donde más matices estilísticos puede expresar un buen autor en la alternancia de las tres formas.

Estos matices estilísticos están estrechamente relacionados con un aspecto importante de la función demostrativa al que no se ha aludido todavía, y que es la *deixis temporal* y, en relación con ésta, el fenómeno de la *perspectiva temporal*.

En lo que a la deixis temporal atañe, el principio básico parece sencillo: el demostrativo de cercanía, *este*, corresponde al presente, mientras que los otros dos, *ese* y *aquel*, comparten los campos del futuro y del pasado (véase p.ej. Asenjo Orive 1990.43 y Fernández Jardón-Vindel 1983.198-199)¹². Para el futuro no tengo ni un solo ejemplo en todo mi amplio corpus; pero para el presente y el pasado, resulta fácil comprobar que el principio citado realmente es válido:

47) Luego, con el mismo tono, tendiendo la mano derecha hacia el pestillo:
- Espéreme esta noche. No encienda la luz.

(Simenon, op.cit., p.90)

48) La miró de frente con los cinco sentidos para fijarla en su memoria como era en *aquel instante...*

(García Márquez, op.cit., p.31)

No obstante, esta clarísima distinción entre presente y pasado resulta ya mucho menos evidente cuando se trata de una obra de ficción narrativa. Es corriente por ejemplo que un narrador personal cuente la historia desde un punto de vista que corresponde al final de ésta misma; al relatar un episodio cualquiera, queda libre entonces de dejar su punto de vista retrospectivo para volver a ponerse en la piel de la persona que está en este momento viviendo los acontecimientos. Y no hay nada mejor que los demostrativos para expresar este cambio de perspectiva. Es lo que quiso decir una de mis informantes cuando comentó así las conmutaciones del ejemplo 49: «*En este momento* significa que se pone en la piel de entonces; con *en aquel momento*, se pone en la piel de hoy.» Y respecto al ejemplo 50, dijo muy acertadamente: «*Este día*: lo dice la que lo está viviendo; *ese* o *aquel día* se dice contándolo luego»:

49) El doctor le estrechó la mano y le dijo que se podría hacer un curioso reportaje sobre la cantidad de ratas muertas que se encontraban en la ciudad
en *aquel momento*.
≠ en *este momento*

(Camus, op.cit., p.17)

50) Como no hallé ninguna explicación, lo busqué con la mirada y no supe encontrar razón alguna para su comportamiento ni el mío, todo me salió mal *aquel día*.
ése ≠ *este día*

(Bachmann, op.cit., p.21)

Con el cambio de demostrativo, lo que se transforma no es la referencia temporal, sino el origen temporal desde el que se aprecian las relaciones temporales.

Se desprende de todos estos ejemplos que con el paradigma tripartito de los demostrativos, la lengua española dispone de un instrumental muy fino y diferenciado que los mejores autores procuran aprovechar. Quisiera ilustrar esta *riqueza* con la *interpretación de un pasaje* que usa con mucha habilidad las tres formas del paradigma:

51)

...y entonces escuché [...] una conferencia de hora y media sobre 'E'

deixis temp. pasado
deix. temp. presente
[...]

arte en la era tecnológica' [...]. *Aquella* tarde comprendí que no quería entregarme al arte, ni a la técnica, ni a *esta* era...

efecto halo

...el sepelio de María Malina, un funeral grandioso [...] Entre la comitiva fúnebre se encontraba el hermano de María Malina [...].

anáf., peyorativ

Pues María Malina, a *esas* horas en que ministros y porteros, críticos y alumnos de Instituto, [...] la acompañaban al cementerio central formando

d. temp. pas., emot.

un largo cortejo, no tenía ninguna necesidad de *ese* hermano, autor de un libro que nadie conocía y que, en general, no era 'nadie'. Las tres palabras, 'joven, talentosísimo y conocido', le eran indispensables para completar su atuendo *aquel* día de duelo nacional.

anáfora (pasaje)

De *este* tercer contacto desagradable -y, una vez más, unilateral- a través de un periódico, jamás hemos hablado, como si nunca lo hubiera implicado a él, y menos aún a mí. Pues en *aquel* tiempo perdido, en que ni siquiera podíamos preguntarnos los nombres, y todavía menos indagar nuestras vidas, yo lo llamaba 'Eugenius' para mis adentros.

d. temp. pas., emot.

(Bachmann, op.cit., pp.21-22)

Esta riqueza de los usos y de los matices explica una observación acerca de ejemplos como 49, 50 y otros parecidos: la conmutabilidad de los tres demostrativos, sobre todo en los ejemplos anafóricos, es un hecho que no puede fácilmente ser negado; pero eso no quiere decir que tengan los tres las mismas implicaciones estilísticas o connotativas. No me estoy refiriendo sólo a los matices de identificación o distanciación relacionados con la perspectiva temporal, sino también a la gran variedad de usos enfáticos que puede conllevar cada una de las tres formas. Por ello, el comentario siguiente sobre uno de los ejemplos, lejos de ser una veracidad de Perogrullo, sí tiene su justificación: «*Los tres demostrativos tienen disímulo maticz pero valen.*»

NOTAS

1 Se trata de un análisis semántico contrastivo de los determinantes nominales en español, en alemán y en francés, basado en un corpus trilingüe, es decir, un corpus de textos más sus traducciones. Eso explica por qué parte de mis ejemplos provienen de unos textos alemanes o franceses traducidos al español.

2 Son muchos también los contextos en los que queda implícito un término del contraste:

2) Anoche, cuando lo dejé sólo, ya no era de *este* mundo.

(García Márquez: El amor en los tiempos del cólera, Barcelona 1985, p. 32)
3) Eran sus ojos los que reían [...]. No le conocía *aquel* gozo, que venía de lo profundo.

(Simenon: Las gentes de enfrente, trad. Gómez de la Serna, s.l. 1973, p. 90)
3 Una especialidad bastante frecuente consiste en la combinación de dos demostrativos (de preferencia *este* y *aquel*) más la forma *otro* para indicar un referente cualquiera, es decir, inespecífico:

6) Suele hurgar en los almacenes de los anticuarios, escoge lo que le parece que falta en *este* o *aquel* otro escaparate...

(Waiser: Das Einhorn, Frankfurt 1974, p. 271, trad. Á. Borda)

El procedimiento semántico correspondiente sería:

da igual que sea este o aquel X ⇔ *da igual cuál X* ⇔ *un X cualquiera*.

4 Aunque a veces un demostrativo tiene que competir en uno de sus nichos con otros determinantes, p. ej. el artículo determinativo que compete con *aquel* en el anuncio de las oraciones de relativo, véase el ej. (1).

5 Pasa igual en alemán -a) menos en el alemán escrito- con el demostrativo de cercanía *dieser* y el de lejanía *jeiner*. Pero además el alemán tiene otro indicador de restrictividad entre los determinantes: *derjenige*. En francés, al contrario, habiendo un solo demostrativo, *ce*, que no es ni de lejanía ni de cercanía, resulta imposible indicar la restrictividad de una oración de relativo mediante un demostrativo. Sólo el artículo determinativo *le* se puede usar en este tipo de contextos.

6 En este nicho de los valores emotivos, *aquel* compete a veces con el demostrativo intermedio *ese*. Véase la continuación del texto del ejemplo 13:

13) Para Rieux, *esa* cara, a pesar de sus treinta años y del sello de la enfermedad, era siempre la de la juventud...

(Camus, op.cit., p. 14)

7 Siendo *aquel* una conmutación posible en todos estos ejemplos: pero el demostrativo que aparece en los textos siempre es precisamente *ese*.

8 Cuando se combina el uso exclamativo con un matiz peyorativo, son posibles *este* y *ese*:

20) ¡*Ese* pobre muchacho está loco!

este pobre muchacho

21) ¡*Estos* egipcios están majaretas!

esos egipcios

(Uderzo / Goscinny: Astérix y Cleopatra (esp.), Barcelona 1969, p. 15)

9 Por catáfora entiendo yo una correferencia entre, por una parte, un sintagma nominal *y*, por otra, algo (una frase, una lista, otro sintagma nominal...) que sigue a este SN, siendo separados típicamente los dos elementos por los dos puntos; en caso de que el primer SN sea definido, este hecho ha de deberse sin más a la correferencia mencionada. (Véase el ejemplo 23 y las explicaciones más amplias dadas en Lavric 1993.)

10 He aquí un ejemplo (véanse también los contextos de contraste, n° 4 y n° 5):

24) ...¿ves *esos* campos de trigo?

aquellos campos

(Saint-Exupéry, op.cit., p.73)

11 La diferencia entre los dos fenómenos puede explicarse así: En la anáfora textual, el referente de la expresión anafórica es idéntico con el referente de otra expresión previa; en la deixis metatextual, este referente consiste en tal expresión previa. Es decir: por un lado, el referente viene mencionado en el contexto previo, por otro lado, el referente es parte del contexto previo. El ejemplo siguiente combina los dos fenómenos:

36) *(Se acaba de dar una lista de quince puntos sobre cómo emplear su tiempo.)*
Esta quincena de tiempos variados (anáfora textual) no puede dar cuenta de todas las posibilidades o anhelos de nuestra existencia. Lo cierto es que esta lista subjetiva y esquemática (deixis metatextual) abre pistas que nosotros rara vez tomamos, culpabilidades clandestinas, universos francamente inexplorados.
 (Servan-Schreiber: El arte del tiempo, trad. Armiño, Madrid 1985, p. 97)

12 Esta constatación no es más que la aplicación de la teoría de los círculos concéntricos, tal como se encuentra en Hottenroth 1982, a la esfera de las relaciones temporales.

BIBLIOGRAFÍA

- ASENJO ORIVE, María Rosa (1990): Los demostrativos (Problemas fundamentales del español 5). Salamanca: Colegio de España. Centro internacional de estudios del español.
- DE KOCK, Josse (1988): *Este, ese y aquel* en el español escrito. en: Peira, Pedro / Jaurealde, Pablo / Sánchez Lobato, Jesús / Urrutia, Jorge (eds.): *Homenaje a Alfonso Zamora Vicente*, Vol. I: Historia de la lengua. El español contemporáneo. Madrid: Castalia, pp. 411-424.
- DIETRICK, Deborah (1988-1989): Aproximación al sistema y uso de los demostrativos en español. Anuario de lingüística hispánica 4, pp. 99-114.
- FERNÁNDEZ-JARDÓN VINDEL, José Manuel (1983): Estudio comparado de los determinantes (posesivos, demostrativos y artícuos) en francés y español (Tesis doctorales 235 / 83). Madrid: Univ. Complutense.
- HOTTENROTH, PRISKA, Monika (1982): The system of local deixis in Spanish. en: Weissenborn, Jürgen / Klein, Wolfgang (eds.): *Here and there. Cross-linguistic studies on deixis and demonstration (Pragmatics and beyond II:2/3)*. Amsterdam / Philadelphia: Benjamins, pp. 133-153.
- LAVRIC, Eva (1993): Déterminants, cataphore et phrase. en: Hilty, Gerold (ed.): *Actes du XX^e Congrès international de linguistique et philologie romanes. Université de Zurich (6-11 avril 1992)*, Vol. I: La phrase, Tübingen / Basel: Francke, pp. 383-394.

Le maratone popolari in italiano e nelle principali lingue europee

Maria Lieber (Dresden) e Fabio Marri (Bologna)

Con *maratona popolare* s'intende, più o meno ufficialmente (la locuzione è diffusa soprattutto in Spagna, dove *marathon popular* è la designazione di alcune tra le gare più diffuse) quella corsa di km 42,195 non riservata agli atleti d'eccellenza (come le maratone olimpiche, da Atene 1896, o quelle organizzate oggi dalla IAAF, «International Amateur Athletic Federation»), ma aperte alla gran massa di podisti «amatatori» o «non competitivi». Tra le maratone di questo genere oggi in programma, a vantare la maggior anzianità è quella di Boston (che nel 1996 celebrerà la centesima edizione), ma non c'è dubbio che la fama mondiale del fenomeno sia dovuta alla maratona di New York (dal 1970), mentre in Europa la corsa più affollata è a Londra, con oltre 30 mila partenti. Se dai paesi anglofoni si irradia la moda (che porta all'estremo l'abitudine del *jogging*, pure esso creatura statunitense) è inevitabile che l'inglese sia, anche in questo settore, la lingua di base: in inglese è redatta «Distance Running», rivista ufficiale dell'AIMS («Association of International Marathons and Road Races»). In Italia le maratone più antiche tuttora vive risalgono al 1974 («Mugello», Borgo S. Lorenzo), 1976 («Lamone», Rusciano), 1978 («Carso», Aurisina) e 1979 (Vigarano). Più recenti sono altre maratone che raccolgono il maggior numero di adesioni (Venezia dal 1986, con 4500 arrivati nell'ultima edizione del '94), Firenze (dal 1984: 2700 arrivati nel '94), Torino (dal 1991: 2000 arrivati nel '95), Roma (ricomparsa nel '95, con 3000 partecipanti). Sono proprio le maratone più «giovani» a dipendere in maggior misura (fin dalla denominazione ufficiale) dall'inglese, vuoi per snobismo, vuoi per il desiderio di catturare un pubblico internazionale. I maratonei ufficialmente schedati in Italia nel 1994 risultavano oltre diecimila: ad essi si aggiungono le centinaia di migliaia di sportivi che non si cimentano sulle massime distanze, ma nelle gare più brevi (talora denominate ugualmente *maratone popolari* o *maratonine*), e coi maratonei «veri» hanno in comune il linguaggio «speciale» o talora gergale.

Questa lingua dipende in qualche misura dalla lingua codificata delle federazioni italiana e internazionale dell'atletica su pista, e deve fare i conti col linguaggio tecnico elaborato da medici, fisiologi, allenatori, ma trovando, specialmente nella realizzazione parlata, una propria autonomia e specificità. Ci è sembrato opportuno studiarla *in statu nascenti*, con le sue incertezze, servitù, ridondanze, ma anche col ruolo crescente che sta assumendo sotto l'aspetto sociolinguistico, e con l'internazionalismo che la contrassegna sempre più.

Possiamo dire che il nostro lavoro è un lavoro fatto anzitutto «coi piedi», cioè correndo per le strade e i sentieri di mezza Europa, leggendo le istruzioni degli